

ANTOLOGÍA POÉTICA

De VICENTE GERBASI
Por RUBÉN VARGAS PORTUGAL

• Prólogo y selección de Francisco Pérez Perdomo, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990, 258 pp.

LAS PÁGINAS DE ESTA ANTOLOGÍA POÉTICA abarcan medio siglo de labor creativa de Vicente Gerbasi (Canoabo, Venezuela, 1913). El volumen se abre con *Bosque doliente* (1940) y se cierra con la más reciente producción del poeta: *Iniciación en la intemperie* (1990). Medio siglo de creación y diecisiete libros, entre los que se cuentan obras tan logradas como *Mi padre, el inmigrante* (1945), *Los espacios cálidos* (1952), *Tirano de sombra y fuego* (1955) y *Retumba como un sótano del cielo* (1977). Al cabo de este recorrido por la extensa obra del poeta venezolano, no deja de ser sorprendente reparar en que en el primer poema están escritos estos versos: "Comprendí que el mundo todo era un secreto: / un

maravilloso y dolorido secreto, / en que todo puede cesar con el vuelo de una estrella". En ellos, quizás, ya está cifrado tempranamente el espíritu que alienta toda la poesía de Vicente Gerbasi. Su dilatado universo poético se funda en el asombro y en el reconocimiento de un territorio y de un paisaje: el trópico, y en la dolorosa conciencia de la muerte y del tiempo que lo hacen posible como experiencia sensorial y metafísica, pero que también lo acercan y lo amenazan con la inminencia de la desintegración y del silencio.

Si bien esta *Antología*, seleccionada y prologada por el poeta y crítico Francisco Pérez Perdomo (Venezuela, 1929), se inicia con *Bosque doliente* (1940), la

obra de Gerbasi comienza, en rigor, con un libro anterior: *Vigilia del naufrago* (1937). Sobre este libro excluido, se lee en el prólogo: "Como los poetas de mayor jerarquía del grupo *Viernes*, del cual fue miembro muy activo, Vicente Gerbasi recibe también, en la primera y última parte de su obra inicial, *Vigilia del naufrago*, el avasallante impacto del gran Neruda de *Residencia en la tierra*". Cabe recordar, a propósito, que el grupo *Viernes* y la revista del mismo nombre son considerados como espacios fundamentales para el desarrollo de la vanguardia venezolana en los años treinta; en él participaron, además de Gerbasi, Ángel Miguel Queremel (1900-1959), Manuel Felipe Regules (1904-1959) y Otto

D'Sola (1912), entre otros. La impronta nerudiana en la escritura de Gerbasi, sin embargo, no desaparece con su primer libro; sus huellas, aunque atemperadas y cada vez mejor asimiladas en la trama de una escritura indudablemente personal, son visibles en la proliferación metafórica y en cierto uso de la imagen de corte surrealista presente en la primera parte de su obra.

En la obra poética de Gerbasi, *Mi padre, el inmigrante* (1945) ocupa un lugar central. En este libro se puede escuchar la voz del poeta venezolano plenamente definida. La *Antología poética* acertadamente lo reproduce en su integridad. En sus páginas se resume y culmina la primera etapa de su escritura y, al mismo tiempo, se anuncian otros horizontes.

Mi padre, el inmigrante es el despliegue de un verbo caudaloso, apoyado fundamentalmente en el encadenamiento de imágenes; es un poema que genera sensaciones, y al hacerlo se genera a sí mismo como una materia eminentemente sensorial que implanta con toda fuerza la densidad de un paisaje: el trópico. Es un proyecto poético de largo aliento: treinta cantos en torno a la imagen paterna o, más bien, en torno a la mirada del padre inmigrante sobre la tierra que adopta y por la que es adoptado. Si la obra de Gerbasi es la maravillada y doblada fundación de un territorio, este libro es uno de los puntos más ambiciosos y más logrados de ese movimiento.

"Venimos de la noche y hacia la noche vamos", dice el primer verso de *Mi padre, el inmigrante*, y el verso retorna insistentemente a lo largo del poema. Para el poeta, entre esas dos noches o esas dos nadadas transcurre la existencia del hombre. "Relámpago extasiado entre dos noches", dice en otra parte del libro, y también: "paréntesis de incierta maravilla". Pero la dimensión metafísica implicada en estos versos pronto se hace materia; el hombre no es todos los hombres, sino un inmigrante desgarrado entre la noche que deja atrás y la noche que lo acerca a otra tierra: el trópico. De ese encuentro, que es como el asombro del primer día de la creación, nace y crece el poema. No se trata, sin embargo, de un momento adánico, la conciencia del tiempo, "engendrador de vida, engendrador de muerte"; le brinda una distancia respecto a toda inocencia primigenia. El poeta, convocando y evocando la figura del padre, se hace

heredero y asume su mirada, y esa mirada de inmigrante, el asombro de esa mirada de transterrado, la que hace de su escritura una verdadera fundación: la invención del trópico por la palabra. Así, la poesía de Gerbasi se aleja y diferencia claramente del mero paisajismo o telurismo mimético.

En 1952 Gerbasi publica *Los espacios cálidos*; la distancia que separa a este libro de *Mi padre, el inmigrante* no es sólo de orden cronológico; entre ellos hay una distancia en el tratamiento de la palabra. Con *Los espacios cálidos* se inicia en la escritura de Gerbasi un proceso de despojamiento verbal que conduce progresivamente a esa suerte de ascetismo que caracteriza sus últimos libros. No se trata, sin embargo, de una ruptura sino, más bien, de la depuración de sus recursos expresivos para incidir con mayor precisión en la materia de sus poemas. *Los espacios cálidos* son los espacios de la infancia y de la aldea natal; de ellos parte y a ellos quiere regresar el poeta. "Nacimiento de la melancolía" se titula sugestivamente el primer poema de este libro, en él se leen estos versos: "Todo se iniciaba en secreto: / el olor del cacao en los patios crepusculares, / los rojos navíos celestes, / la campana en el pescuezo de los asnos, / el hollín en las paredes de la cocina, / la araña en el dibujo sideral de los rincones". Estas claras imágenes, depuradas por la memoria, están lejos de la metafóricación, por momentos abigarrada, que caracteriza a sus anteriores libros. "He aquí un propósito de alucinado: / fundar un espacio de lumbres, de escarabajos, de rostros / en el documento de los sentidos", escribe en otro poema, reafirmando esa voluntad de aprehensión del mundo por la palabra.

La poesía de Vicente Gerbasi gira en torno a unos cuantos temas u obsesiones. En *Mi padre, el inmigrante* y en *Los espacios cálidos* hay un par de versos que aluden esquiva y misteriosamente a "las llamas del Tirano". En 1955, estas alusiones regresan convertidas, plenamente, en un tema y en personaje: *Tirano de sombra y fuego*. En la figura legendaria del capitán español Lope de Aguirre (1518-1561) y en su alucinada búsqueda de El Dorado en la selva amazónica, Gerbasi encuentra un motivo para el despliegue del trópico en su escritura. Si en *Mi padre, el inmigrante*, era la mirada del recién llegado que

descubría y nombraba el paisaje, en este libro es la mirada demente del conquistador la que descubre y nombra la tierra desconocida. Es también un acto de fundación, pero ahora se trata del lado oscuro del trópico, del lado maldito y espectral del paisaje. *Tirano de sombra y fuego* es un extenso poema que conjunta la ambición abarcadora de *Mi padre, el inmigrante* y el despojamiento verbal que se inicia en *Los espacios cálidos*. La idealización del paisaje, frecuente en la poesía de Gerbasi como una objetivización de los estados de ánimo del poeta, tiene en esta selva cruel y enloquecida como el espíritu de Aguirre, su exacto contrapeso.

Pérez Perdomo opina con justicia en su prólogo que los libros que siguen a *Tirano de sombra y fuego* —*Por arte de sol* (1958), *Olivos de eternidad* (1961) y *Poesía de viajes* (1968)—, no aportan mayormente a la poesía de Gerbasi. Parecería ser que la tierra y el paisaje, materias poéticas privilegiadas por su escritura, sólo se sostienen con intensidad en la medida que se imbrican con una figura capaz de asumirlos y trascenderlos: el padre, el Tirano o la niñez en el caso de *Los espacios cálidos*. Fuera de estas figuras, el paisaje cede a la descripción o al reflejo de la subjetividad de un yo lírico adlegado por la nostalgia.

Con *Retumba como un sótano del cielo* (1977) la escritura de Gerbasi entra en un nuevo ciclo marcado por la economía de recursos expresivos y por dos elementos caros a los mejores momentos de su poesía: la fuerza sensorial de la naturaleza y una aguda conciencia de la temporalidad. En *Las edades perdidas* (1981), su búsqueda de la tierra originaria se remonta hasta las edades genéticas del planeta; en *Un día muy distante* (1985), el poeta puede escribir llanamente: "Ayer nací en el olvido / de la eternidad, / al lado de un árbol cubierto de pájaros"; y en su libro más reciente, toda la niñez se cifra en una noche: "Aquella vasta noche / de relámpagos. / La iniciación en la intemperie". Esa iniciación en la intemperie que ha cumplido ya medio siglo, y esta *Antología poética* la celebra como una invitación.

